

Enrique Meneses, un periodista español en Sierra Maestra

PATRICIA CALVO GONZÁLEZ

Universidade de Santiago de Compostela

RESUMEN

Los últimos años del proceso insurreccional cubano (1957-1958) hicieron correr ríos de tinta en la prensa de la época. Uno de los primeros profesionales que dio a conocer al mundo los rostros y el entorno donde se estaba llevando a cabo aquel levantamiento ante el poder establecido fue el fotoperiodista español Enrique Meneses, que en aquel entonces trabajaba para el semanario francés *Paris-Match*. Tras cuatro meses de convivencia con los rebeldes cubanos, reunió un valioso material gráfico, escrito y personal, testigo directo de una lucha que daría un vuelco a la historia latinoamericana y al orden mundial.

Palabras clave: Cuba, Revolución Cubana, Enrique Meneses, medios de comunicación, periodismo.

ABSTRACT

The final years of the Cuban insurreccional process (1957-1958) supplied the press at that time with more than ample material for publication. One of the first people to show the world the faces of the Cuban rebels and their environment was the Spanish photojournalist Enrique Meneses, who was working for *Paris-Match*, a French weekly. He lived with guerrilla forces for four months, gathering valuable photographs, texts and personal experience as a direct witness of the struggle that would change Latin-American history and world order.

Keywords: Cuba, Cuban Revolution, Enrique Meneses, mass media, journalism.

Dejando a un lado el presente y el futuro de la Revolución Cubana, volver la vista atrás retrotrae, casi de forma inmediata, a las imágenes del romántico entorno de la Sierra Maestra, con hombres embutidos en uniformes verde-oliva, con el habano en la boca y el fusil en la mano. Se puede afirmar que los medios de comunicación son los responsables de la amplia difusión que tuvieron dichas imágenes, instantáneas que a finales de la década de los cincuenta dieron la vuelta al mundo. Parte de esa responsabilidad recae

sobre el fotoperiodista español Enrique Meneses, que viajó a la Sierra Maestra a finales de 1957 para lograr un amplio reportaje publicado por el semanario francés *Paris-Match* en la primavera de 1958. Así, tanto estas fotografías como las de los colegas que visitaron a los rebeldes cubanos *in situ* han contribuido a afianzar una estética, la imagen de un movimiento que ha influido de forma decisiva en la política latinoamericana, en particular, y mundial, en general, desde finales de la década de los cincuenta del siglo XX. Y no es para menos, la diminuta perla de las Antillas había osado desafiar al gigante estadounidense, situado a pocas millas de distancia, y en un momento en el que el orden mundial se congelaba en la bipolaridad de la Guerra Fría. Pero mucho antes de que los líderes cubanos se pasearan por el Kremlin, antes de que la Unión Soviética situara su artillería en las puertas del enemigo, antes de que el mundo temblara asustado ante la posibilidad de un nuevo enfrentamiento de potencias a nivel global, muchos antes residía en el ideario cubano un nacionalismo que anhelaba la ansiada independencia para no ser ni colonia ni protegido de ningún país.

La delicada situación económica, social y política que atravesaba la isla sumía el ánimo de la población en un descontento generalizado, que se elevó un punto más con el golpe de estado dado por Fulgencio Batista en 1952, antes de las elecciones presidenciales que se iban a celebrar ese año. Los aires de cambio se materializaron el 26 de julio de 1953 con el asalto al cuartel Moncada por un grupo de insurgentes, capitaneados por un joven Fidel Castro, con el que se pretendía derrocar al “tirano” y devolver la legalidad al gobierno cubano. A pesar del fracaso, la derrota no cabía dentro de los planes de la oposición batistiana, que aún encarcelada y posteriormente exiliada, se reagrupó y organizó para asestarle el golpe definitivo a la dictadura. Nació el Movimiento 26 de Julio (M26-7), el flanco opositor que sólo veía en las armas la solución, ya que creían que las vías diplomáticas estaban agotadas y los frutos no maduraban. Así, en diciembre de 1956, un grupo de ochenta y dos hombres subía a bordo del yate Granma para llegar desde la costa mexicana a la cubana y sumarse a los levantamientos que se iban a dar en varios puntos de la isla. Una vez más los planes no habían salido exactamente como habían calculado, así que los rebeldes supervivientes terminaron por huir a la Sierra Maestra, punto donde se reagruparían y rearmarían para lograr el objetivo único y principal de toda esta empresa en aquellos años: la independencia y autogestión cubana (Guerra y Maldonado, 2009).

Los medios de comunicación jugaron un papel estratégico fundamental en todo este proceso insurreccional, fundamentalmente en la última etapa (1957-1958), ya que fueron los portavoces de la ideología, los movimientos y los logros de la rebeldía cubana y muy especialmente del M26-7. La prensa se convirtió en una aliada desde los primeros compases de la lucha armada. Así, en febrero de 1957, bajo la censura informativa impuesta a los medios locales y a los corresponsales extranjeros radicados en la isla, los guerrilleros convocaron a un medio internacional, *The New York Times*, para realizar una entrevista en exclusiva al líder opositor, Fidel Castro, con el objetivo de desmentir la noticia que circulaba, salida de la propaganda batistiana, que afirmaba que este estaba muerto. El encargado de la misión fue Herbert Matthews, editorialista del diario estadounidense y

experto en cuestiones latinoamericanas. Como se había previsto, la publicación de la conversación con Castro causó un enorme revuelo en Cuba, desprestigiando un poco más la actuación del régimen y haciendo que el movimiento opositor confirmara que la lucha seguía adelante (Thomas, 1974: 2, 1171-1187).

Una vez reagrupada la guerrilla, la difusión de su presencia en Sierra Maestra iba dando sus frutos, sirviendo, por un lado, para unir a toda la resistencia, cualesquiera fuera su situación en la isla, bajo el mismo foco libertador y, por otro, atraía a los comprometidos y desencantados a unirse a la lucha activa. Y es que como afirma Farnós de los Santos,

no habría que olvidar el importante papel de los medios de comunicación como generadores de conciencia social [...]. Los medios son una fuente crucial de información que contribuyen a la creación de opinión ante ciertos acontecimientos, al conocimiento de otras culturas y modos de vida o a la sensibilización ante ciertos problemas sociales (Farnós de los Santos, 2007: 270).

Los responsables del M26-7 sabían de la importancia mediática como agitadora de conciencias y cuanto más veían que los resultados eran positivos, más publicidad daban a sus acciones y perspectivas de futuro.

LA ESTRATEGIA MEDIÁTICA

El hecho de realizar investigaciones acerca los procesos revolucionarios desde el punto de vista de la dimensión pública se inserta dentro de los estudios sobre las movilizaciones socio-políticas en general. Dichos movimientos, concretados en este caso en la insurrección cubana, manejan un plano cultural intangible materializado en su mayor parte a través de los medios de comunicación, siendo estos buscados y utilizados como transmisores de su verdad. Lo que se plantea atiende entonces a la faceta pública de la movilización socio-política, dado que se pretende analizar la traslación del bagaje icónico y discursivo del proceso revolucionario cubano a la sociedad nacional e internacional. Entra así en juego el papel decisivo de las ideas y de lo cultural, que los expertos en la materia denominan *procesos enmarcadores*, es decir, “los esfuerzos estratégicos conscientes realizados por grupos de personas en orden a forjar formas compartidas de considerar el mundo y a sí mismas que legitimen y muevan a la acción colectiva” (McAdam, McCarthy y Zald, 1999: 26-27).

Para Meadow (cit. en Borrat, 1989: 25-26), el conflicto social puede abrir líneas de comunicación allí donde previamente no existía ninguna o donde los canales estaban obstruidos. El proceso insurreccional cubano de finales de los años cincuenta así lo ha demostrado, abriendo camino a sus demandas en la prensa de la época. Los textos incendiarios por parte de los líderes opositores crecieron en número y en tono a partir del 10 de marzo de 1952, fecha del golpe de estado dado por Fulgencio Batista. El que sería el líder del M26-7, Fidel Castro, hizo un uso de los medios de comunicación como arma para atacar los desmanes de lo que consideraba un gobierno ilegal desde el inicio de la

oposición a Batista, estrategia de la que tenía probada constancia de su efectividad. Castro veía en los medios el canal preciso para agitar conciencias, tradición que se remonta a finales del siglo XIX, durante la Guerra de Independencia, y personalizada en la figura de José Martí, que también usó la prensa de la época para la lucha por la libertad. En este sentido, Meadow explica que el conflicto social puede servir de catalizador de un cambio, y que esto ocurre sobre todo si el conflicto es visible. Teniendo esto en cuenta, la notoriedad y la publicidad otorgada por los medios de comunicación forma, por tanto, parte de la táctica fundamental del movimiento liderado por Castro. Aparte de los artículos escritos por el propio jefe opositor antes del ataque al cuartel Moncada en 1953, el texto que aglutinó a un buen número de adeptos a su causa libertadora fue su *La historia me absolverá* (Romeu, 2006). Este discurso, que conformó su defensa en el juicio por dicho asalto, fue distribuido clandestinamente por toda la isla durante el encarcelamiento de los autores del ataque y conformaría más adelante el texto fundacional del M26-7. La prensa y la difusión de ideas a través de ella estaba resultando entonces una estrategia efectiva para la consecución de sus intereses.

Pero la verdadera explosión mediática ocurriría a partir del desembarco del Granma en tierras cubanas a principios de diciembre de 1956. El régimen batistiano había eliminado las garantías constitucionales, y con ello impuesto la censura, y su propia propaganda declamaba la muerte de Fidel Castro para con ello ganar tiempo. A pesar de las noticias en contra y el difuso comienzo de la guerrilla en la parte oriental de la isla, con su dispersión y abatimiento de parte de sus integrantes, el M26-7 no pensó en rendición ni cejar en el empeño que allí los había llevado. Ante esta realidad adversa, una de las primeras decisiones tácticas fue el contacto con los medios de comunicación. En enero de 1957, con las fuerzas justas y con una campaña de desprestigio a sus espaldas, la dirección del movimiento toma la decisión de dar a conocer su gesta e intenciones y que mejor tribuna que la de prensa. Los periodistas cubanos quedaron descartados desde un principio. La mayor parte de los periódicos locales (*El Diario de la Marina*, *Información*, *El Mundo*) eran rotativos a favor de Batista o controlados por la Iglesia Católica. La revista semanal *Bohemia* era una de las pocas publicaciones que mostraba interés por la insurrección armada, ya que veían que en la prensa extranjera salían artículos y opiniones acerca de la situación en la isla, pero existía el pensamiento generalizado de que la aventura guerrillera iba a ser efímera, por lo cual no valía la pena enviar a ningún corresponsal a Oriente para que no fuera identificado con la revolución y ser susceptible de represalias fatales.

Según Nydia Sarabia¹, los periodistas recibían un sueldo mensual de Batista para que no tocaran en sus informaciones nada que hiciera referencia a la guerra de guerrillas,

1 Nydia Sarabia (Santiago de Cuba, 1922) es periodista e investigadora en el Instituto de Historia de la Academia de Ciencias de Cuba. En el año 1953 fue una de las tres mujeres periodistas asistentes al célebre juicio contra el líder de la Revolución, Fidel Castro, por el ataque al Cuartel Moncada. Durante la lucha insurreccional, participó en una célula de propaganda del Movimiento 26 de Julio, en Santiago de Cuba. Por su trayectoria y como testigo directo de la etapa a investigar, se le ha realizado una entrevista en La Habana (Cuba) el 3 de febrero de 2012, de la cual se han extraído las declaraciones aquí presentadas.

por lo que afirma que, aparte de censura, existía un “soborno” mediático. De este modo, entre los años 1957 y 1958 se da en Cuba una “etapa de oro de la presencia de la prensa internacional” precisamente por el veto a lo autóctono. La vista se posó entonces en el extranjero, y en aquel momento lo foráneo significaba Estados Unidos. Así comienza lo que posteriormente sería la primera entrevista realizada al líder guerrillero en la Sierra Maestra publicada en *The New York Times* bajo la autoría de Herbert Matthews, un veterano editorialista del rotativo norteamericano y especialista en temas latinoamericanos, como ya se ha visto. Aplican así los rebeldes cubanos lo explicado por Meadow, que indica que el conflicto social es un importante modo de comunicación, en especial para los grupos políticamente no articulados, es decir, aquellos colectivos que no tiene recursos ni capacidades para participar en muchos procesos de toma de decisión. El movimiento era consciente de que anunciar que estaban vivos y luchando se volvería misión imposible en un entorno hostil, acosados por la censura y el pánico de los reporteros locales. La solución era entonces publicitarse en un medio extranjero con la suficiente repercusión como para que fuera difundido en la comunidad cubana exiliada en Estados Unidos y por ende las noticias correrían como la pólvora por toda la isla.

La intencionalidad en las apariciones mediáticas se hace así evidente y va más allá, al buscar el movimiento espectacularidad en sus acciones para que se conviertan inmediatamente en hechos noticiables y captar así la atención de la prensa, como por ejemplo con el secuestro del campeón del mundo de Fórmula 1, Juan Manuel Fangio, que más adelante se tratará. La constante aparición en medios crea una imagen en el lector, oyente y/o espectador alrededor de la cual se evoca un simbolismo que hace que la opinión pública relacione su causa con ciertos valores y esos valores, a la vez, se asocian a una determinada estética que, de hecho, será tomada como referencia en las guerrillas nacidas a partir de los años sesenta en el continente suramericano. Según apunta Sidney Tarrow, estos intentos de movilización simbólica acompañan a todo movimiento moderno, “desde el uso de simples casacas militares por parte de los comunistas rusos y chinos, al esplendor pagano de los jefes fascistas, al simple khadi de los nacionalistas indios y las descuidadas barbas de los guerrilleros latinoamericanos” (Tarrow, 1998: 208). El uso continuado de un “simbolismo evocador” por parte de la movilización socio-política, según el autor, contribuye a la construcción de identidades colectivas y proyecta las características que definen al movimiento. No obstante, Tarrow destaca que la profusión de simbologías en las movilizaciones está directamente relacionada con la búsqueda de notoriedad en los medios de comunicación. Los movimientos buscarían entonces comunicarse con un público amplio y para ello la utilización de “símbolos espectaculares, dramáticos o desproporcionados para atraer la atención” entraría dentro de la estrategia propagandística de los grupos movilizadores (Tarrow, 1998: 221).

Los medios de comunicación de masas se convierten así en un recurso externo de la movilización socio-política. Para Tarrow, los mass media son un “vehículo difuso” para la formación de consenso, ayudan a los movimientos a obtener una atención inicial y, una vez establecidos, refuerzan el sentimiento de estatus de sus miembros y mantienen a

sus seguidores al corriente de sus actividades. Pero en la utilización de los medios reside el problema de que éstos trabajen en la línea de sus intereses, además de tener que someterse a la estructura de la industria de la comunicación, que prima la espectacularidad, la violencia o lo extraordinario de los eventos a la hora de elaborar la agenda informativa.

Como afirman Kielbowicz y Sherer, a los movimientos les afecta la preferencia de los medios por los acontecimientos dramáticos y de gran impacto visual, la dependencia de los reporteros de fuentes dignas de todo crédito, los ciclos o ritmos de noticias de interés, la influencia de los valores profesionales o la orientación de los periodistas y hasta qué punto influye sobre la información el entorno mediático (Tarrow, 1998: 223).

En el proceso revolucionario cubano, el marco creado por los medios de comunicación repercute en el plano de las oportunidades políticas, haciendo que Batista pierda el apoyo de los Estados Unidos. A nivel organizacional, la prensa sirve para cohesionar el grupo y lograr su supervivencia, estableciendo nexos entre los rebeldes de la Sierra y el llano. Pero yendo un poco más allá, nos adentramos en ciertos análisis sobre el proceso insurreccional cubano que lanzan insinuaciones acerca de la extrema importancia a factores externos a las acciones de las fuerzas irregulares. En este sentido, Pérez Stable indica que el Ejército Rebelde “ganó la partida simplemente al sobrevivir primero y, más tarde, al resistir los embates del ejército de Batista”. Respecto a este triunfo revolucionario y a la rapidez con la que se desarrollaron los acontecimientos, la autora los apunta como los hechos que conducirían a “dar mayor importancia a las habilidades militares que a las civiles. Aun así, las proezas militares no fueron las que, en última instancia derrotaron a Batista” (Pérez Stable, 1998: 105). Carlos Franqui por su parte admite en la introducción de su *Diario de la Revolución Cubana* (1976: VI) que “sabíamos que trincheras de ideas eran otra forma eficaz de hacer la guerra: Che, Fidel, Frank, Hart y yo entre otros, coincidíamos en lo decisivo de la propaganda. Con una mínima destrucción física y una máxima destrucción psicológica nosotros vencimos al ejército de Batista y sus cuerpos represivos”. Esta misma línea de pensamiento es la que siguen Thomas, Fauriol y Weiss (1985: 27), que califican la huida de Batista como “una derrota de relaciones públicas”. Esta relevancia de la dimensión pública del proceso insurreccional cubano implica entonces que los medios de comunicación y la propaganda contribuyeron a la creación del estereotipo audiovisual de su líder y principales dirigentes, marca que identificó internacionalmente a la guerrilla y que forjaría la mitificación de la figura de Fidel Castro a lo largo de sus actividades clandestinas (Rodríguez Matos, 2004: 195-196). Sería entonces en este contexto teórico donde se inserta la figura del fotoperiodista español Enrique Meneses, cuyo trabajo para *Paris-Match* contribuiría a la creación del simbolismo, el estereotipo y la fragua de una imagen que retrotrae de forma inmediata a la lucha clandestina y revolucionaria.

LA SIERRA DE MENESES

En los primeros meses de 1958, casi un año después de la entrevista con Matthews, la lucha empezaba a tomar forma, los integrantes del M26-7 ya no eran los supervivientes de una azarosa singladura, eran un ejército guerrillero formado y organizado que las dotes propagandísticas iban dotando de efectivos tanto humanos como materiales. Esta es la época que recoge en sus trabajos el fotoperiodista español Enrique Meneses, que por aquel entonces trabajaba para el semanario francés *Paris-Match*, siendo la cobertura de la guerra del Canal de Suez su reportaje más destacado hasta el momento.

Si el encuentro de Matthews con Fidel Castro fue buscado y pactado, así como el de otros colegas norteamericanos que subieron a Sierra Maestra, la relación de Meneses con Cuba es fruto de la más pura casualidad. Pero para entender la presencia del periodista en la isla caribeña hay que relatar parte de la experiencia vital que lo lleva al otro lado del océano. Así, en 1957, a sus veintiocho años y recién llegado de Oriente Medio, Meneses se topa en Madrid con Blanca Núñez del Río '*Chinina*', una prima-hermana suya, que le pide ayuda para escapar de un destino marcado por su familia. La chica no quería abandonar su carrera en el ballet, pero la obligaban a mudarse a San José, en Costa Rica, donde su padre acababa de ser nombrado embajador de España. Además la madre la estaba dirigiendo a un matrimonio concertado con un joven adinerado, lo que ya la apartaría definitivamente de su verdadera vocación de bailarina. Meneses, dispuesto a ayudarla consciente de "lo duro que es que organicen la vida de uno", se convierte así en el cómplice de una fuga de película, que los lleva de Francia a Bélgica, pasando por Suiza y Alemania, en un intento desesperado por huir de las influencias familiares y de la propia justicia, ya que los padres de *Chinina* denunciaran su desaparición. Ya instalados en Bruselas, se enteran de que la policía estaba investigando al círculo del periodista y que se estaba tramitando una denuncia por secuestro, por lo que decidieron ir ante las autoridades belgas para demostrar que tal acusación no era cierta. Una vez en comisaría, aprovechando la separación mientras Meneses declaraba, la prima fue llevada con su madre y volaron hacia Lisboa. Allí tomarían el vuelo que las llevaría hasta Costa Rica, donde el padre ya había tomado posesión de su cargo. Meneses llegó a la capital lusa con la intención de llevar a cabo un plan que le permitiera llevarse a *Chinina* para que hiciera realidad sus sueños, pero horas antes de interceptarla en el aeropuerto fue detenido acusado de intento de secuestro de una menor y no lo liberaron hasta que el vuelo que tomó la chica hubo despegado. La muchacha estaba así rumbo a Costa Rica y Meneses se quedó con ganas de ayudarla. De vuelta a España, otro primo al que le contó las desventuras le ofreció un vuelo Madrid-La Habana para organizar otra escapada desde la capital cubana, ya que creían que ir directamente a San José delataba los planes. Nada sabía por aquel entonces el periodista del proceso revolucionario que allí estaba teniendo lugar.

Convencí a *Paris-Match* para que me asignase a La Habana donde se estaba construyendo un túnel bajo la bahía y la empresa francesa, Grands Travaux de Marseille, era la encargada de la ingente obra. Dedé Lacazé, el redactor jefe, me dijo: "Hay una

revolución en Cuba. Si puedes obtener fotos de paracaidistas que quedan enganchados en los árboles, será muy divertido”. Nunca he comprendido el interés de los franceses por los tópicos de otros países. La “revolucioncita” que tanto interesaba a André Lacazé iba a convertirse en uno de los mayores acontecimientos de insurgencia de todo el siglo veinte. Yo también lo ignoraba en aquel momento (Meneses, 2006: 218).

Meneses aterriza en Cuba interesado únicamente en la distancia existente entre La Habana y Puerto Limón, en Costa Rica, donde cogería a su prima, para huir a Venezuela y después de nuevo regresar a Europa para que ella pudiera libremente escoger su futuro. Pero el plan se vino abajo tras una misiva de *Chinina*, en la que le comunicaba su renuncia al ballet, a la fuga y a todo, cansada de luchar y viendo como todo se desmoronaba a su alrededor, incluso la salud de su padre, envejecido por los disgustos. Su prima por tanto aceptaba casarse con quien le obligaban y enterraba así sus sueños para siempre. De este modo, el principal y único objetivo de la estancia de Meneses en Cuba se había esfumado de un día para otro, así que el siguiente movimiento fue aprovechar profesionalmente la situación que el destino le había deparado, aunque de momento no era consciente de la magnitud de la misma.

Siempre he tenido la capacidad de reacción necesaria ante la adversidad. Bien. No me necesitaban en Costa Rica. Estaba en la Cuba revolucionaria. Tenía al alcance de la mano un gran reportaje, aunque, probablemente, en al rue Pierre-Charron, en mi empresa, unas fotos de Brigitte Bardot valiesen más que todo un reportaje sobre los rebeldes de Sierra Maestra (Meneses, 2006: 221-222).

Una vez liberado de los compromisos personales que lo habían llevado hasta Cuba, Meneses apostó por los sucesos que estaban ocurriendo en la isla como su nuevo reto profesional, sucesos que desconocía hasta que leyó la prensa local en su viaje Barajas-Rancho Boyeros (el actual aeropuerto internacional José Martí en La Habana). Contactar con gente de la lucha contra Batista no fue fácil para el periodista español, ya que existía una gran desconfianza ante los posibles infiltrados o espías que se pudieran meter en la organización. La casualidad hizo que en el hotel que se alojaba también estaba como huésped la esposa de Chamón, un político antibatistiano, que en aquel entonces estaba precisamente refugiado en la embajada de Costa Rica a la espera de su salida del país. En una de las visitas de su mujer antes de su exilio, Meneses actuó de acompañante y aprovechó la oportunidad para hablarle de sus intenciones de subir a la Sierra Maestra para realizar un reportaje que se publicaría en *Paris-Match*. Chamón le facilitó la dirección y las claves para contactar con gente de la oposición. El reportaje ya estaba en marcha.

En aquellos días, el periodista acudía a menudo al chalet donde estaba instalada la gente de *Time/Life* (“los rivales eternos de *Paris-Match*”), cuya jefatura estaba ocupada por Jay Mallin. Allí pudo observar y analizar los frustrados intentos de los reporteros norteamericanos por subir a la Sierra, de lo que tomó buena nota para no caer en los mismos errores y poder alcanzar así a los rebeldes. Los colegas estadounidenses de Meneses eran

interceptados siempre en el aeropuerto de Santiago de Cuba por la gente del general Chaviano, que los vigilaban a corta distancia hasta que regresaban a La Habana. El hecho de ir vestidos con un atuendo que denotaba su procedencia extranjera y de llevar los equipos fotográficos de forma visible, los delataba de lejos y dejaban claro su condición de periodistas, por lo que el marcaje por parte de los hombres de Batista era implacable hasta que los metían de vuelta en un avión rumbo a la capital cubana. Meneses aprendió de estas experiencias lo suficiente para elaborar una estrategia que no denotara sus verdaderas intenciones y burlar así a las autoridades en Oriente.

Sus contactos con la clandestinidad dieron los frutos esperados y el primer paso era llevar varias fotos en formato pasaporte a la casa de un hombre que se presentó como Luciano, cuya mujer llevaría esos retratos a Santiago de Cuba. El plan consistía en enviar las cámaras fotográficas y carretes camuflados en cajas de bebida dirigidas al bar *Windsor*, que regentaba el contacto en la capital oriental, y una vez allí recogerlos al ser reconocido por las fotografías que había enviado previamente. La idea dio resultado y llegó el momento de viajar: Meneses se vistió como un “gallego” más y así, con una guayabera (chaqueta típica cubana) y con un habano entre los dientes, tomó el avión menos sospechoso, el bautizado como “el Cañero”. Este itinerario era el primero de la mañana y hacía escala en todas las ciudades donde había plantaciones de azúcar, ya que era el vuelo que utilizaban los capataces para regresar después de despachar en la capital con los dueños de las fábricas azucareras. Con su vestimenta y con el horario diferente que le proporcionaba este vuelo más incómodo, estaba convencido de que su misión iba a ser más exitosa que la de sus colegas norteamericanos².

El plan había funcionado y, una vez burlado el control aeroportuario, se dirigió al bar indicado. Tras horas de espera en la casa de la dueña, lo vinieron a buscar para llevarlo ante Vilma Espín³, que sería su guía hasta Castro y la artífice del encuentro, consciente esta de la repercusión positiva que tendría para el movimiento la publicación de un reportaje sobre ellos en una de las revistas con mayor tirada en la Europa de aquel entonces (unos 3.200.000 ejemplares). En ese encuentro le explicaron las dificultades para llegar a la Sierra Maestra, sobre todo por la ausencia de guías, por lo que tendría que esperar a que la situación cambiara. Pero el tiempo de espera para Meneses resultó eterno, por lo

2 Gran parte del relato de la experiencia de Enrique Meneses en Cuba está extraído de diversas entrevistas mantenidas con el protagonista desde el 2009 hasta la actualidad.

3 Vilma Espín, nacida en el seno de una familia acomodada, tras sus estudios de Ingeniería Química se integró en la movilización contra el gobierno de Batista. Como miembro del Movimiento 26 de Julio, fue a México para entrevistarse con Fidel Castro y recibir órdenes y mensajes para la preparación del levantamiento rebelde. En ese viaje conoció a Raúl Castro, con quien se casaría después del triunfo de la Revolución. Participó en el alzamiento de Santiago de Cuba el 30 de noviembre de 1956, como apoyo a los expedicionarios del Granma, preparando su desembarco. El cuartel general del movimiento revolucionario de Santiago quedó ubicado en su vivienda. Una vez comenzadas las actividades guerrilleras en Sierra Maestra, en 1956, apoyó a los combatientes desde el llano. En junio de 1958 se integró a las tropas insurgentes, donde se destacó en sus acciones de coordinación y lucha de guerrillas (Trujillo, 2010).

que ya cansado de la inactividad, se plantó de nuevo ante la líder clandestina amenazando con querer subir a la Sierra por su cuenta. Tras varias llamadas, finalmente el objetivo del periodista se había cumplido y a las cinco de la madrugada partirían hacia el campamento rebelde. Tras varios días en coche y luego de caminata, en la última quincena de diciembre de 1957 Meneses llegaba a la Comandancia de la guerrilla cubana, liderada por un joven Fidel Castro. La aventura de convivir con los rebeldes a lo largo de cuatro meses había empezado.

Desde la primera toma de contacto, el reportero se convirtió en la sombra del líder rebelde, quien le permitía presenciar gran parte de las conversaciones, reuniones, escaramuzas y combates. La contrariedad de no tener un plástico del que protegerse en las noches del intenso rocío que caía en la Sierra, se convirtió para Meneses en una ventaja profesional al ofrecerle Fidel acomodar su hamaca por debajo de la suya. Este hecho le permitió conocer los pensamientos y las inquietudes del líder cubano en las largas conversaciones que le gustaba mantener antes de dormirse.

Si esta proximidad me acortaba las horas de sueño, me daba a cambio una valiosa información sobre las ideas y preocupaciones de Fidel Castro. No es fácil para un político convivir estrechamente durante cuatro meses, día tras día, noche tras noche, fingiendo, simulando. En cualquier momento brota su verdadera personalidad. No es lo mismo durante el tiempo que dura una entrevista de prensa, en la que es fácil mantenerse en guardia frente al entrevistador y controlar las respuestas. La convivencia ofrece oportunidades de descubrir el auténtico carácter de un individuo a pesar de sí mismo (Meneses, 1995: 53).

Esta cercanía le permitía a Meneses captar a través de su objetivo el día a día de la guerrilla, su preparación, sus entrenamientos, incluso su ocio, material que servía para reflejar el ambiente general de los campamentos y la tropa. A finales de enero el reportero decidió volver a La Habana para expedir su reportaje a la capital francesa. El material para *Paris-Match* sería llevado a Miami por Piedad Ferrer, de diecisiete años, hija pequeña del coronel Ferrer, héroe de la guerra de Independencia. Meneses se las ingenió para coser los textos y los negativos entre las sayas almidonadas de la muchacha y, disimulando con una supuesta visita a un novio ficticio que vivía en Estados Unidos, desde allí haría llegar a la redacción de la revista francesa el material periodístico sobre la lucha revolucionaria mediante flete aéreo.

Una vez cumplido el compromiso profesional con su empresa, Meneses regresó a la Sierra, esta vez para recoger ambientación para una película que planeaba rodar la *Columbia* acerca de Fidel Castro. El trabajo se lo propuso la corresponsal de *The New York Times* en La Habana, Ruby Hart Phillips, empresa que aceptó de buen grado. Una vez reunido el material necesario para elaborar las grabaciones, Meneses volvió con los rebeldes, siendo testigo de excepción de diversos combates, como el de Pino del Agua o el de Estrada Palma. Durante este segundo ascenso del periodista ocurrió el secuestro en La Habana del campeón del mundo de Fórmula 1, Juan Manuel Fangio, a manos de

los rebeldes del M26-7 que operaban en el llano en vísperas del gran premio que se iba a celebrar en la ciudad. El piloto era entonces el ídolo de las masas, con media docena de títulos mundiales, por lo que la prensa del mundo entero se lanzó sobre la noticia. *Paris-Match* no iba a ser menos teniendo entre sus manos un reportaje en exclusiva.

Pese a mi advertencia de no publicarlo hasta que yo pudiese salir de la isla, Dedé (André) Lacaze y Roger Théron consideraron que era más importante la información que mi seguridad. ‘Chez les rebelles qui ont enlevé Fangio’ (Con los rebeldes que han secuestrado a Fangio) fue el aparatoso título del reportaje. Durante tres semanas casi consecutivas, mis fotos fueron apareciendo en la célebre revista francesa pero también la adquirieron numerosas publicaciones del mundo entero (Meneses, 2006: 240).

De las fotografías publicadas en *Paris-Match* se surtieron cientos de revistas más por todo el mundo, como *Stern* de Alemania, *Epoca* de Italia, *Schweizer Illustrierte* de Zurich, *Zondagsvriend* de Holanda, *Bonnier* de Suecia, la propia *Time* e incluso la cubana *Bohemia*, que vendió medio millón de ejemplares en la isla. Enrique Meneses se convertía en aquel momento en uno de los hombres más buscados por el gobierno de Batista, pero sus fotografías se convirtieron en unas de las primeras imágenes conocidas a nivel internacional de los revolucionarios cubanos, a pesar de que no habían sido los hombres de la Sierra los que habían planeado y llevado a cabo el secuestro de Fangio, hecho que les había molestado sobremedida a la resistencia del llano. Tanto fue así que en una reunión celebrada en la Sierra, a la que asistieron los principales dirigentes de la resistencia, se hizo palpable el descontento por parte de la gente de la clandestinidad urbana por el tanto que *Paris-Match* le había regalado al Ejército Rebelde suponiéndole autor del secuestro de Fangio. La Dirección Nacional exigía así que los rebeldes se cortasen la barba como símbolo de un equilibrio de poderes (ya que los del llano iban afeitados para que no los relacionasen con la lucha), pero las fotografías de los barbudos estaban dando la vuelta al mundo y Meneses consideró que entonces los dos mil negativos que había mandado a París quedarían “fechados” si los hombres de la Sierra se afeitaban. La razón por la que los rebeldes se dejaran la barba era que el ejército batistiano había cometido atropellos con los campesinos, a los que luego presentaba a la prensa como “rebeldes caídos”. El periodista hizo ver a Fidel que el afeitado podría conducir de nuevo a los abusos. Las barbas así se mantuvieron, pero como compensación Meneses debía bajar al llano a fotografiar las actividades de la guerrilla urbana, cosa que no agradó mucho al periodista porque no era un trabajo tan estético y suponía un riesgo también para la clandestinidad, ya que llevar a un fotógrafo a las espaldas los delataría enseguida.

Pero a pesar de estas pequeñas patalletas internas, la lucha cubana quedaría desde ese momento identificada plenamente con aquellos barbudos vestidos de verde oliva perdidos en medio de ninguna parte. *Paris-Match* publicó en 1958 tres reportajes con las fotografías de Meneses en sus números 465 (8 de marzo), 470 (12 de abril) y 471 (19 de abril, en cuya portada aparece Fidel Castro en una imagen tomada por el periodista español). No obstante, su publicación en el semanario francés complicó la salida del reportero

de la isla. En La Habana, la resistencia no estaba por la labor de facilitarle el trabajo y, como él se lo imaginaba, las acciones clandestinas urbanas no eran tan fáciles de captar como un entrenamiento militar en un paraje natural. Así, tras diez meses en suelo cubano, con el trabajo hecho y con la policía batistiana pisándole los talones, Meneses empieza a preparar su regreso a Europa. Tras denegarle auxilio tanto la embajada española como la francesa, el reportero decide acudir a la de Estados Unidos, desde donde es seguido y finalmente capturado por la policía, a pesar de todas las precauciones tomadas para que esto no ocurriera. Durante varios días fue torturado y sometido a duros interrogatorios cuya finalidad era la de identificar a los guerrilleros de la Sierra Maestra.

Me era imposible reconocer a gente con espesas barbas cuando me mostraban fichas policiales de gentes que no se les parecían. Otras veces me enseñaban fotos de hombres sin barba y me preguntaban si los había visto en la Sierra. No me costaba de vez en cuando, contestar afirmativamente y atribuirles el primer apodo que me pasase por la cabeza. Aquello forzaba mi credibilidad (Meneses, 2006: 251).

Pasó varios días encarcelado, durante los cuales en algún momento temió realmente por su vida, ya que desde los pasillos llegaban rumores de una posible ejecución por “encubridor de unos asesinos que desde la Sierra pretendían subvertir el orden institucional”. No obstante, la providencial intervención del embajador español, Juan Pablo Lojendio, amigo personal de Fulgencio Batista, permitió que el asunto no se tiñera de drama. El periodista era así expulsado de Cuba, por lo que unos días más tarde saldría de la isla rumbo a España.

UN REPORTAJE QUE SIGUE VENDIENDO

Como ya se ha comentado, Enrique Meneses pisó suelo cubano a finales de 1957 sin tener conocimiento de que una revolución se había puesto en marcha en el país. Una vez superadas las circunstancias personales que lo llevaron a la isla, su agudeza de reportero lo llevó a colarse en las intrincadas rutinas de la Sierra Maestra al lado de Fidel Castro. En plantilla del semanario francés *Paris-Match* como fotoperiodista, Meneses realizó un trabajo gráfico que ha sido reproducido en multitud de ocasiones o, como él dice, “es el reportaje que más tiempo me ha durado. *Paris-Match* vendió esas fotos al mundo entero y aún sigo vendiendo fotos”.

El semanario francés publicó una selección de las imágenes enviadas por el periodista desde Cuba en tres números, pero estas no fueron de relevancia en la redacción francesa hasta que tuvo lugar el secuestro de Fangio en febrero de 1958, cuando aprovecharon la coyuntura para sacar en exclusiva las fotografías de los rebeldes que habían secuestrado al piloto de Fórmula 1. “Chez les rebelles qui ont enlevé Fangio” rezaba el titular del número de 8 de marzo de 1958, no obstante, aunque las fotos eran reales, la información era

incierta, por no decir errónea, puesto que los responsables del rapto del corredor eran los miembros del M26-7 que residían en La Habana, no los de la Sierra, a más de quinientos kilómetros de distancia y ajenos a los planes que se llevaron a cabo en la capital. Salía así a la luz el primero de los reportajes fotográficos del periodista español, compuesto por once imágenes donde Fidel Castro era protagonista en seis (páginas 86-89). Meneles muestra al líder cubano en diferentes facetas: a lomos de un mulo seguido de una cohorte de campesinos, pegado a su fusil, haciendo prácticas de tiro, leyendo meditabundo, incluso jugando a las canicas. “Dans la Sierra vit le Robin des Bois de Cuba, Fidel Castro, guerrier et poète”, era la frase que acompañaba a una doble página protagonizada por el líder cubano, una mitificación de la persona recreada en los paisajes que se ven de fondo. La connotación positiva que implica el término Robin Hood (robar al rico para dárselo al pobre) así como la humanización del líder rebelde, al presentarlo en diferentes dinámicas, fomenta la empatía del lector. En las imágenes no hay ni corrupción ni desempleo, sólo jóvenes sonrientes envueltos en un halo de misticismo que los defiende a pesar del acto violento por el que son protagonistas.

El siguiente punto tratado es el de las barbas, que se ilustra con jóvenes guerrilleros luciendo orgullosos su falta de afeitado. La consigna era dejárselas hasta alcanzar la victoria (“Les fidèles du rebelle de la montagne l’ont juré: ils ne se couperont la barbe qu’après leur victoire”), aunque ser una cuestión destacada en las primeras imágenes difundidas internacionalmente de los revolucionarios pudo contribuir de manera decisiva a convertirlas en un símbolo del movimiento y de la Revolución Cubana posteriormente.

Un mes después, en el número del 12 de abril, desde la página 32 hasta la 37, la guerrilla comandada por Fidel Castro protagoniza un reportaje bajo el titular “A l’assaut de Cuba. Les barbues de Fidel”. Compuesto de siete instantáneas, el artículo favorecía el liderazgo de Fidel Castro, que era el centro de las dos fotografías a doble página que presentaba el reportaje. La primera, un primer plano del líder rebelde en actitud pensativa hacia un mapa, pretende ilustrar la ofensiva guerrillera que se iba a llevar a cabo en ese mes junto a la huelga general. “Le dictateur Batista sera renversé pour le 15 avril” era el vaticinio de Fidel reproducido por *Paris-Match*. La segunda de las imágenes proyecta a una tropa, con su jefe a la cabeza, en marcha hacia su cruzada libertadora. El texto “avec ses compagnons du 26 juillet l’homme libre descend de la montagne” que acompaña a la fotografía viene a reforzar esa imagen de liderazgo absoluto de Castro.

Las instantáneas restantes, de menor tamaño ya, son ilustrativas de la vida en la Sierra, y muestran el buen trato dado a los prisioneros, la fabricación de cócteles molotov o el arreglo personal de los combatientes. En este punto se vuelve a incidir sobre el tema de las barbas, que valdría para ligar definitivamente, en términos de imagen, al guerrillero cubano con su ausencia de afeitado.

El 19 de abril se publicaría el último de los reportajes con las imágenes que Meneles envió desde la Sierra Maestra. Una de estas instantáneas es la portada del semanario (Fidel Castro probando puntería pistola en mano) que incluye el texto “Robin des Bois de

la Sierra, Fidel Castro a lancé un ultimatum au prédictent cubain Batista. Le combat des desperades a commencé dans La Havane à feu et à sang”. El tono heroico y poético sigue acompañando a las informaciones ofrecidas de y desde las montañas cubanas.

El anuncio de la ofensiva total por parte de los rebeldes es el telón de fondo de las ilustraciones presentadas en las páginas interiores, reportaje en el que Meneses comparte autoría con Michel Duplaix y Paul Slade para poder ofrecer a la audiencia una visión más completa del conflicto. Desde la perspectiva del objetivo del periodista español, Fidel vuelve a aparecer leyendo, apostillado por la frase “a la lumière de la boggie le rebelle de la montagne lance ses derniers ordres”, un conjunto que redundo en el romanticismo proyectado por las informaciones precedentes. La innovación es la inclusión de una fotografía cuyas protagonistas son las mujeres guerrilleras Celia Sánchez y Vilma Espín, acompañadas de la caracterización de “pasionarias” y de la aclaración de que su presencia en la primera línea de fuego responde a necesidades sanitarias.

La impresión dejada así por los reportajes de Enrique Meneses redundo en las imágenes ofrecidas por los colegas que lo precedieron visitando Sierra Maestra, donde directa o indirectamente la balanza se inclinaba hacia la postura rebelde con el idealismo y la búsqueda de justicia que destilaban las declaraciones otorgadas a los medios. Este poso de simpatía hacia la causa cubana por parte de los corresponsales extranjeros que se entrevistaron con Castro en aquella época se remonta a principios del año 1957, con un tono que justifica las acciones rebeldes aún en los actos violentos.

La otra impresión que deja clara en el lector es la personificación de la insurrección en Fidel Castro, en el que deposita el liderazgo y la construcción de la misma. El refuerzo de la figura del guerrillero convierte así a Batista en el malo oficial, incidiendo en la brutalidad del régimen y su corrupción. El liderazgo de Fidel Castro se antoja ya indiscutible al protagonizar más de la mitad de las instantáneas y no existir ninguna imagen de otro líder opositor. El romanticismo y la mística se ven así reforzados con estas instantáneas, ya que el escenario imaginado en los escritos de los periodistas que entrevistaron a Castro con anterioridad se convierte en un escenario real, un lugar alejado y exótico donde se mezclan la poesía y las prácticas de tiro.

A MODO DE CONCLUSIÓN

El presente artículo, a pesar de que se ha centrado en la descripción y el sucinto análisis del trabajo sobre los rebeldes de Sierra Maestra del periodista español Enrique Meneses, parte con la idea de transmitir, desde una perspectiva particular, una línea de pensamiento más general: la que hace referencia a la dimensión pública de los movimientos revolucionarios de un modo más amplio y del caso cubano más concretamente. Dicha dimensión pública, como se ha visto, hace hincapié en la difusión ideológica y simbólica a través de los medios de comunicación y la consciencia de la construcción movilizadora con el uso de la propaganda.

Las investigaciones acerca de los movimientos sociales y de los medios de comunicación de masas sientan las bases teóricas del presente estudio, que combina el relato vital de la experiencia personal del reportero de *Paris-Match* –como indicativo de que, a pesar del dirigismo y planificación de la relación con la prensa por parte de los dirigentes del M26-7, la contingencia y el azar influyeron de forma definitiva en su presencia en los medios de comunicación a nivel internacional– con un breve análisis de los reportajes de su autoría que fueron publicados en la primavera de 1958, páginas que proporcionaron al mundo un valioso material con el que la opinión pública le pudo poner rostro y situar la aventura guerrillera que se estaba llevando a cabo a miles de quilómetros de distancia.

El análisis del caso concreto del periodista español, tanto en su faceta personal como profesional, pone rostro y voz a una parte de la práctica periodística y propagandística durante los años finales de la insurrección cubana. No obstante, este relato y análisis concreto se inserta en un contexto histórico y mediático de un mundo bipolar y en el de una lucha que sentaría las bases de las revoluciones y guerrillas que surgirían a partir de este momento por todo el continente americano. De este modo, medir la dimensión pública del conflicto cubano, aparte de abrir nuevas vías de estudio sobre dicho proceso insurreccional, sirve para sentar las bases de la construcción de la mitología guerrillera y de liderazgo de sus promotores así como para establecer las estrategias seguidas para que este simbolismo fuera difundido dentro y fuera de las fronteras cubanas.

Como se ha visto, ocupar páginas en la prensa era una estrategia consciente, con palabras y poses medidas que los periodistas y los medios de comunicación reprodujeron fielmente. El maniqueísmo Batista/malo-Oposición/bueno ha sido una constante en la prensa del momento, a excepción de aquellos rotativos cubanos en línea con el régimen existente. Esta dualidad, expresada tanto en imágenes como en escritos y locuciones, contribuyó a erosionar de forma progresiva el régimen a combatir y fue calando en la opinión pública de forma constante hasta llegar a convencerla de la conveniencia de la victoria rebelde. Las acciones entonces no eran cuestionadas porque el objetivo era derrotar al tirano y los argumentos esgrimidos convencían tanto a autóctonos como a foráneos.

El control mediático también resultó infructuoso en el sentido de que la censura fue combatida desde la rebeldía, con efectos propagandísticos propios (prensa clandestina y Radio Rebelde) así como con la predisposición de atender a los corresponsales extranjeros de forma que estos sirvieran de catalizadores de su ideario y de su lucha fuera de las fronteras cubanas. El estudio de la dimensión pública se enlaza entonces con el análisis de los factores que propiciaron la victoria revolucionaria y, por ende, de si los medios de comunicación tuvieron parte de responsabilidad en la misma. El caso de Enrique Meneses sería entonces la pieza de un puzzle que arrojaría un poco de luz a este pensamiento, dando pistas de cómo se ha realizado dicha construcción simbólica y de posicionamiento favorable hacia la causa rebelde.

En definitiva, lo particular se inserta en un contexto mediático global que difundió ideas y símbolos de carácter eterno desde la perspectiva actual. Las dinámicas guerrilleras cubanas no se entenderían sin el papel de los medios ni de la propaganda, plasmados en documentos hemerográficos y testimoniales que ayudan a la comprensión de un proceso revolucionario desde un punto de vista apenas considerado. Y un periodista español tuvo que ver en ello⁴.

4 Durante la corrección de pruebas de este artículo se produjo el fallecimiento de Enrique Meneses. Sirva este texto como homenaje a una vida dedicada al periodismo y en agradecimiento a su generosidad por compartir con la que escribe recuerdos, sabiduría e instantáneas sobre Cuba. El periodista estuvo en activo hasta el final, escribiendo crónicas y opiniones desde su blog en línea <http://www.enriquemeneses.com/>

BIBLIOGRAFÍA

- Borrat, H.: *El periódico, actor político*. Editorial Gustavo Gili, Barcelona, 1989.
- Farnós de los Santos, T.: “Violencia y medios de comunicación”, en Sabucedo y Sanmartín: *Los escenarios de la violencia*. Ariel, Barcelona, 2007, pp. 269-282.
- Franqui, C.: *Diario de la Revolución Cubana*. R. Torres, Barcelona, 1976.
- Guerra, S. y Maldonado, A.: *Historia de la Revolución Cubana*. Tafalla, Txalaparta, 2009
- McAdam, D., McCarthy J. D. y Zald: M.N.: “Oportunidades, estructuras de movilización y procesos enmarcadores: hacia una perspectiva sintética y comparada de los movimientos sociales” en McAdam, D., McCarthy J. D. y Zald: M.N. (eds.): *Movimientos sociales: perspectivas comparadas*. Istmo, Madrid, 1999.
- Meneses, E.: *Fidel Castro*. Faber&Faber, Londres, 1968.
- Meneses, E.: *Castro. Comienza la revolución*. Espasa Calpe, Madrid, 1995.
- Meneses, E.: *Hasta aquí hemos llegado*. Ediciones del Viento, A Coruña, 2006, pp. 213-255.
- Pérez Stable, M.: *La Revolución Cubana. Orígenes, desarrollo y legado*. Colibrí, Madrid, 1998.
- Rodríguez Matos, A.: “NO-DO a ritmo de la Revolución Cubana” en Pena, A. (coord.): *Comunicación y guerra en la historia*. Tórculo Edicións, Santiago de Compostela, 2004.
- Romeu Alfau, F. (ed.): *Fidel periodista*. Pablo de la Torriente Editorial, La Habana, 2006.
- Tarrow, S.: *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*. Alianza Editorial, Madrid, 1997
- Thomas, H.: *Cuba. La lucha por la libertad*, vol. 2. Grijalbo, Barcelona, 1974, pp. 1023-1330.
- Thomas, Fauriol y Weiss: *La revolución cubana 25 años después*. Ed. Playor, Madrid, 1985.
- Trujillo, L.: *Vilma Espín. La flor más universal de la revolución*. Ocean Sur, México, 2010.